

MANCHEGOS ILUSTRES

Carlos Vázquez

(Ciudad Real, 1869 - Barcelona, 1944)

Carlos Vázquez Ubeda, de la severa Mancha y refinado pintor, nació en Ciudad Real, en el nº 7 de la c/ Cuchillería, hoy Carlos Vázquez, el 31 de diciembre de 1869, al año siguiente de la Revolución de septiembre, en horas bien revueltas de tan alborotado siglo XIX español; en realidad siglo alborotador por todas partes, pues lo suyo fue una empecinada, vitalísima e innovadora ansia de crisis, de cambios y conmociones tanto en la existencia como para la creación de cualesquiera especies.

Por lo visto, su padre, D. Antonio Vázquez, era un, sin duda, que respetable notario carlista y, a tenor de ello, de ideas y principios sesudos. Entre los cuales no cabía que su hijo ya de muy chico con su vocación clara, pretendiese dedicarse a la pintura. Al arte en el uno no sabe si se parará en genio, o en muerto de hambre. Acaso el señor notario también beligerante con la decimonónica noción romántica de que el artista es bohemio nato y, por ende, famélico y desaharrapado de no muy sanas costumbres.

Así que siendo sensato, notario y carlista, dado que el niño andaba en la tontería de los dibujos, lo mejor era encaminarle a ser arquitecto, que eso sí que se tenía por buena y sesuda profesión. Pero también era arte y, por añadidura, libre de las hambrunas y pecadazos de escribir sonetos, pintar la mona, tararear solfas,



o andar con otras soñadoras zarandajas, para la obligada y de antemano frustrada ganancia del pan de cada día. Muy comprensible, pero la vocación es la vocación. La mayor de las cabezonadas imaginable. Difícil de torcer y más si se cuenta con la ayuda de hembra, igualmente sensible y soñadora: su madre, Doña Matilde Ubeda.

Como husmeador de biografías, más de una vez he topado con el silencio de las ayudas económicas paternas, pues parece obligado lustre de artistas vencer penalidades en la juventud, a brazo partido

con la vida, a partir del nada infrecuente hecho de que en un principio los padres pretenden más serias profesiones para sus hijos. Más de una vez he descubierto, sin embargo, que los padres ayudaron también cuanto pudieron a sus hijos en pos de las reales o fantasiosas glorias del arte. Y no me extrañaría que asimismo hubiera sucedido con Carlos Vázquez, pues además de sobrevivir en la villa y corte, entre 1886 y 1890, viajó a Sevilla, Galicia y Valencia. Y que conste que no es insidia ni restaméritos, sino curarse en salud y